

COLECCIÓN NARRADORES DE MEMORIAS. VOLÚMENES 1-6

ALARCÓN, R.

(2021)

JAVIER, ¿DÓNDE ESTÁS?

VOLUMEN 1. LIMA: LUM

BALDEÓN, C.

(2021)

ACCOMARCA: ¿CÓMO LLEGAMOS A ESTO?

VOLUMEN 2. LIMA: LUM

CAYLLAHUA, R.

(2021)

MARTÍN: NUNCA RETORNÓ

VOLUMEN 6. LIMA: LUM

JÁUREGUI, D.

(2021)

SORAS, ¡LA BÚSQUEDA DE JUSTICIA!

VOLUMEN 5. LIMA: LUM

MÉNDEZ, N.

(2021)

MELISSA, SEMBRANDO MEMORIA

VOLUMEN 3. LIMA: LUM

ROCA, J. y ANDAGUA, R.

(2021)

MARTÍN, ¿A DÓNDE TE LLEVARON?

VOLUMEN 4. LIMA: LUM



POR JOSEPH P. FELDMAN
jofeldman@msudenver.edu

La serie de libros *Narradores de memorias* es una iniciativa del LUM que registra las diversas experiencias de víctimas de la violencia política que Perú sufrió durante los años 1980 y 1990. Inspirada en parte en proyectos que el Dr. Manuel Burga, actual director del LUM, observó

durante su visita a diferentes instituciones vinculadas a la memoria histórica en Alemania y Francia en 2019, la serie toma la forma de testimonios centrados en experiencias específicas de pérdida y los impactos íntimos y familiares de la violencia. Los primeros seis testimonios se publicaron en el 2021 y seis más salieron en el 2022. Esta reseña solo aborda la primera mitad.

Se puede afirmar que el proyecto constituye una continuación de los esfuerzos del LUM por narrar y representar las experiencias de los afectados “desde el presente”, un énfasis que emergió en las discusiones curatoriales que antecedieron a la inauguración de la institución. Como se describe en la presentación que prologa todos los libros, uno de los objetivos principales del proyecto *Narradores de memorias* ha sido “[brindar] la oportunidad a cada *narrador* de presentar su historia desde sus propias y dolorosas vivencias [y] desde las inquietudes y preocupaciones del presente” (Alarcón Guzmán 2021: p. 9). Esta atención a las múltiples temporalidades y el dar un testimonio aumenta el valor de los textos, tanto para los investigadores como para lectores del público en general.

Si bien es imposible que seis casos sean representativos de la heterogeneidad de experiencias de ser víctima, la elección de los testimonios invita al lector a pensar en la diversidad social del país y a considerar diferentes formas de experimentar el fallecimiento o

la desaparición de seres queridos en un contexto de guerra. Por ejemplo, Renato Alarcón Guzmán, es un profesor de psiquiatría que ha vivido varias décadas en los Estados Unidos, relata la experiencia de su hermano, Javier Alarcón, un ingeniero, profesor universitario y militante de un partido político de izquierda (Unidad Democrática Popular) que desapareció en 1989 en medio de un viaje de campaña electoral hacia Junín.

Por su parte, Celestino Baldeón Chuchón narra sus vivencias como huérfano por la masacre de Accomarca ocurrida en 1985, centrándose en los esfuerzos colectivos por conseguir la justicia. La historia de vida de la periodista Melissa Alfaro es contada por su madre, Norma Méndez Díaz, una defensora de derechos humanos de Pucallpa. A su turno, Javier Roca Obregón y Ricardina Andagua Gonzales, migrantes de Yanama (Áncash), describen el secuestro y desaparición de su hijo, Martín Roca Casas, un estudiante de la Universidad Nacional del Callao. Por otra parte, el testimonio de Diana Jáuregui Jáuregui habla del impacto familiar de la pérdida de su padre, Olimpio Jáuregui, y las consecuencias de la masacre perpetrada por Sendero Luminoso en Soras en 1984. Finalmente, Martín Cayllahua, un funcionario de la Municipalidad de Chuschi (Ayacucho), es recordado en el testimonio de su hijo Rogger Cayllahua Huamaní.

Las voces de los narradores se complementan periódicamente con la voz

institucional-académica de los editores del LUM. Bloques cortos que contextualizan diferentes aspectos de los testimonios (el papel de la prensa durante la violencia [Méndez Díaz, 2021: p. 35], la intervención militar en las universidades en los años 1990 [Roca Obregón y Andagua Gonzales, 2021: p. 55], etcétera) y notas a pie de página que intercalan las narrativas sin interrumpir el flujo del texto. El equipo editorial debe ser elogiado por su trabajo cuidadoso, especialmente cuando uno considera que uno de los públicos *target* de los tomos son los jóvenes que no vivieron el periodo de la violencia.

En vez de intentar resumir los textos —algo que sería una tarea formidable en una reseña corta— pretendo destacar unas temáticas recurrentes en los testimonios que han servido para ampliar mis formas de ver, entender e investigar la historia del conflicto armado y sus secuelas. Recalco que estas temáticas reflejan mi lectura de las narrativas y que una de las fortalezas del proyecto *Narradores de memorias* tiene que ver precisamente con su escepticismo al impulso de imponer una estructura narrativa o de organizar los testimonios según algún marco generalizante.

A nivel humanístico básico, los relatos de los familiares expresan un deseo fundamental de transmitir las características humanas de sus parientes. En los testimonios se encuentran un sinnúmero de elementos que hacen que los lectores conozcan a los individuos perfilados como

personas: aspiraciones, apodosos infantiles, bromas, memorias de fiestas de cumpleaños, trayectorias laborales, etcétera. En el caso de Melissa Alfaro, por ejemplo, su madre relata cómo surgió su interés por el periodismo, describiendo una investigación temprana que realizó sobre los llamados “pirañitas” de la Plaza San Martín y la manera en que su hija abrazó la oportunidad de trabajar como practicante en el semanario de izquierda *Cambio*, eventualmente cerrado tras el autogolpe de Fujimori en 1992. “Repito que era una muchacha muy feliz, todo el tiempo sonreía” (2021: p. 19).

En ese mismo sentido, el lector aprende también que, a Martín Roca Casas, secuestrado y desaparecido a los 27 años, le gustaba el karate, trabajaba en una fábrica de zapatillas mientras estudiaba y fue un “ejemplo de trabajo y de estudio” para sus hermanos menores (Roca Obregón y Andagua Gonzales, 2021: p. 42) y estaba orgulloso de haber cumplido su servicio militar obligatorio. Rogger Cayllahua Huamaní comparte recuerdos de su padre como una persona amigable, un futbolista y guitarrista talentoso y alguien que participaba en las actividades de trabajo colectivo en su comunidad. Mientras que Diana Jáuregui Jáuregui caracteriza a Olimpio Jáuregui como un padre que ponía énfasis en la educación de sus hijos; “van a tener que ir a la universidad y van a ser mejor que yo” decía (2021: p. 23).

En varios casos, el anhelo por humanizar a un ser querido para un público de desconocidos

se combina sutilmente con declaraciones que revelan una conciencia de los prejuicios e ideas falsas que muchos peruanos tienen al escuchar “desaparecidos” o referencias a otras víctimas de las fuerzas del orden. Algunos narradores incluyen afirmaciones rotundas y convincentes que sus familiares no fueron miembros de grupos subversivos ni simpatizaron con su ideología y tácticas. Renato Alarcón Guzmán (2021:20), hablando de su hermano Javier, declara que, “Nunca lo vi pelear, nunca discutimos acaloradamente. Era más bien bromista y risueño” y posteriormente, cuando describe las circunstancias de su desaparición recalca “un punto que no es retórico: no lo veía como un hombre violento” (2021: p. 39). Un efecto importante de todas las narrativas es brindar representaciones matizadas que van mucho más allá de la de “víctima de abusos de los derechos humanos”.

Uno de los objetivos de los organizadores del proyecto *Narradores de memorias* ha sido destacar la “reanudación de sus vidas, de sus familias, de sus comunidades, y del desarrollo del país” (Alarcón Guzmán 2021: p. 10). Es relevante señalar que varios narradores hablan de la continuación de abusos y formas de represión después de incidentes más agudos y conocidos: las violaciones sexuales ocurridas tras la instalación de una base militar en Accomarca (Baldeón Chuchón, 2021: p. 50), las amenazas de muerte que recibieron los padres de Martín Roca Casas por su búsqueda de justicia (Roca Obregón y Andagua Gonzales, 2021:

p. 70), el clima de temor que persistió después de la matanza de más de cien personas en la comunidad de Soras (Jáuregui Jáuregui 2021). De esta manera, las narrativas tienen la capacidad de perturbar las ideas preconcebidas sobre la temporalidad de los procesos de duelo y sanación. Por ejemplo, hablando de los hermanos menores de Martín Roca Casas, su padre Javier observa que “son inteligentes, son trabajadores, pero se nota su nerviosismo” (2021: p. 58). Desde un punto de vista más personal, él menciona que siempre pensaba que la verdad era sanadora, pero ahora, “hubiera preferido no saber la verdad” sobre las maneras terribles en que su hijo fue torturado durante sus últimos días (2021: p. 15).

Un tema que me llamó la atención en los distintos testimonios —si bien no se puede ofrecer como un elemento unificador *per se*— es la manera en que estos relatos de trauma y de pérdida se entrecruzan con experiencias y aspiraciones de la movilidad social. Vale decir que varios testimoniantes describen cómo sus proyectos de vida han sido truncados como resultado de la violencia y de la pérdida de sus seres queridos. Vemos como la esposa de Javier Alarcón y sus dos hijas huyeron a Bolivia en 1992 por el clima de persecución política que había durante el gobierno de Fujimori. Rogger Cayllahua Huamaní hace hincapié en las dificultades económicas que su madre tuvo que enfrentar después de la desaparición de su esposo. A los 16 años, él migró a Lima para apoyar a sus hermanas, aunque su preferencia hubiera

sido seguir sus estudios en Huamanga. Por otro lado, el asesinato de Melissa Alfaro ocurrió cuando su madre, Norma Méndez Díaz, estaba tomando cursos a los 43 años para seguir una nueva carrera en administración. “Abandoné los estudios y me perdí en la depresión por casi diez años,” ella recuerda (2021: p. 45).

Mientras tanto, Diana Jáuregui Jáuregui lamenta no solo la manera en que el terrorismo de Sendero Luminoso en Soras arruinó una infancia feliz con su familia; también señala el impacto de la violencia en su educación y su capacidad de “salir adelante” (siempre una prioridad de sus padres). “Los profesores no volvieron más...La educación, de lo buena que era, pasó a ser malísima” (Jáuregui Jáuregui 2021: p. 90). Además, ella hace referencia a los “años difíciles del ‘paquetazo’” (medidas económicas implementadas por Alberto Fujimori en agosto de 1990) como uno de los factores que impidió la movilidad social de ella y sus hermanos (2021: p. 96). “[E]stoy segura de que si mi padre no hubiera tenido ese destino, mis hermanos y yo hubiéramos sido diferentes,” asevera (2021: p. 97).

Otras características de los relatos revelan la artificialidad de separar lo económico de lo político en los esfuerzos por reclamar justicia. El testimonio de Celestino Baldeón Chuchón (2021:28), por ejemplo, incorpora una crítica severa a las políticas neoliberales del gobierno de Fujimori (“Por culpa de ese *Chino* [Alberto Fujimori], un montón de fábricas cerraron”) y

una descripción del proceso de denuncia contra una empresa por no haber cumplido sus responsabilidades con los trabajadores. De forma similar, Javier Roca Obregón (2021: p. 29) afirma que “[L]as empresas textiles que dieron trabajo a tanta gente, se fueron al diablo y ahora no existen” y alude a la manera en que su participación en el sindicato textil probablemente moldeó el compromiso social de hijo, Martín, quien formaba parte del Centro Federado de Estudiantes de la Universidad Nacional del Callao, cuando fue secuestrado.

La búsqueda de la verdad y justicia tiene diversos significados y ha tomado diferentes formas entre los testimoniantes. En primer lugar, Celestino Baldeón Chuchón (2021: p. 67) identifica una promesa a su madre fallecida: “Te mataron, ahora me toca matar a mí. Yo también los voy a matar, los voy a meter presos”. Rogger Cayllahua Huamaní, durante su juventud, tenía un pensamiento recurrente: “Voy a ir de soldado al cuartel y a esas personas que desaparecieron a mi papá los voy a buscar” (2021: p. 45). Por su parte, Renato Alarcón Guzmán cuenta su experiencia siguiendo el conflicto peruano desde los Estados Unidos y, posteriormente, sus esfuerzos frustrados de buscar la justicia en el extranjero. La historia de Javier tuvo un impacto significativo en el hijo de Renato, Daniel Alarcón, el destacado escritor peruano-estadounidense que tenía 12 años cuando su tío desapareció, ofreciendo un testimonio corto y pensativo, y compartiendo sus recuerdos del impacto familiar del incidente,

junto con sus reflexiones sobre la manera en que esa tragedia fue una experiencia que le impulsó a conocer más al Perú.

Algunos narradores reconocen y nombran a autoridades, políticos y defensores de derechos humanos que fueron receptivos con sus casos (por ejemplo, Baldeón Chuchón, 2021: p. 44). Otros subrayan la acción de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) como un desarrollo clave en la búsqueda de justicia. Sin embargo, tristemente, casi todos los testimoniantes relatan expresiones de indiferencia e incluso de desprecio dirigidas a la memoria de sus parientes. A veces ese desdén emanaba de las mismas autoridades como secuelas inmediatas a un acontecimiento: sobre el destino de Javier Alarcón “[...] seguramente se ha fugado y no les ha dicho donde se iba; probablemente está en Europa” [Alarcón Guzmán, 2021: p. 40]; la brusca respuesta de un policía, respondiendo a una madre aterrorizada, preguntando sobre el destino de su hija: “¡Ah, ya! Murió” [Méndez Díaz, 2021: p. 49]; la falta de devolución de fotos familiares entregadas a un canal de televisión [Roca Obregón y Andagua Gonzales, 2021: p. 68].

Otras veces se trata más del estigma social asociado a la lucha por la memoria de sus familiares fallecidos o desaparecidos. Norma Méndez Díaz observa que algunos familiares que le acompañaron en el entierro de Melissa se alejaron un poco de ella cuando se involucró más en el activismo de los derechos humanos.

Los padres de Martín Roca Casas hacen referencia a algunos vecinos suyos acusándolos de ser terroristas (Roca Obregón y Andagua Gonzalez, 2021: p. 76) y su padre Javier expresa su indignación por el hecho que ninguno de los condenados en el caso de su hijo se ha disculpado (2021: p. 82). A su turno, Rogger Cayllahua Huamaní (2021: p. 55) reconoce la valentía del gesto de Collins Collantes, un ex militar que pidió perdón a familiares de los desaparecidos, pero como es sabido, gestos de este tipo son extremadamente raros. Por lo general, afirma Cayllahua Huamaní (2021: p. 72), los acusados “tienen una actitud desafiante, burlona, mentirosa”.

Asimismo, la memorialización pública emerge como otro dominio complejo, y algunos testimoniantes expresan ambivalencia cuando se refieren a iniciativas y representaciones específicas. Por ejemplo, Norma Méndez Díaz llama la atención sobre lo que pareciera ser una conmemoración parcial e ineficaz de su hija en la Universidad Jaime Bausate y Meza al inaugurarse un busto de Melissa Alfaro en el campus en el año 2016, pero la universidad no convocó a mucha gente para la ceremonia y el monumento en sí mismo tiene poca información que contextualiza la vida de Melissa y su muerte trágica (Méndez Díaz, 2021: pp. 64–65). La reacción de su hermana mayor al percibir como una falta los detalles sobre el caso en el Informe Final de la CVR, también es ilustrativo: “lo leí y me dio un ataque de ansiedad, de rabia” (Méndez Díaz, 2021: p. 83). Por su

parte, Javier Roca Obregón (2021:92) concluye su testimonio reiterando su solicitud para crear un lugar de la memoria en la Universidad Nacional del Callao.

Al mismo tiempo, como es evidente en los testimonios de Rogger Cayllahua Huamaní y Diana Jáuregui Jáuregui, los avances en la memorialización pueden ser precarios. Cayllahua Huamaní (2021: p. 70) describe la manera en que la Casa de la Memoria Viva, una iniciativa de la Asociación Nuevo Amanecer en Huachipa inaugurada en febrero del 2020, se ha desviado de su visión original debido a las exigencias de la pandemia Covid-19; pues “hasta ahora” están utilizando el segundo piso para guardar víveres y donaciones para la olla común que funciona en el primer piso. Según el relato de Diana Jáuregui Jáuregui (2021: p. 111), el santuario ecológico de Soras, un lugar de la memoria que actualmente está una condición de descuido: “se tuvo que haber invertido para cercarlo y paga a personal que se encargara de su cuidado permanente”.

Finalmente, la serie *Narradores de memorias* sutilmente demuestra el rol del LUM como agente en los esfuerzos para promover la memoria histórica y solidaridad con las víctimas que convocan a actores de la sociedad civil y otras entidades de gobierno. En el 2018, por ejemplo, el LUM organizó una ceremonia de entrega de retratos a los familiares de las víctimas de la masacre de Accomarca y ese mismo año se instaló una placa en el LUM que

conmemora a Martín Roca Casas. Además, uno vislumbra los varios nexos y colaboraciones entre el LUM y las luchas colectivas que nacen de la sociedad civil, como en el caso de la comunidad de Nuevo Amanecer en Huachipa. La serie en sí misma debe ser entendida dentro de este conjunto de actividades.

Como en el caso de la creación e instalación de la muestra permanente del LUM, hay un uso resuelto y consciente de lógicas de patrimonialización en la “curación” de los testimonios de los narradores (en la presentación, se declara que “estas [vivencias] dejarán de ser patrimonio privado para, en adelante, formar parte de nuestra experiencia nacional” [Alarcón Guzmán 2021: p. 9]). Sin embargo, el LUM es también una representación museística de la violencia y la esperanza es que los contenidos de los testimonios vayan más allá de las páginas de los libros, dando cuenta de las diversas maneras en que este pasado sigue ejerciendo su fuerza en el presente.